

Luis XIV, las aventuras de capa y espada en nuestro siglo de oro, las fantásticas melancolías de Alemania, las comedias de circunstancias y los dramas políticos en la moderna Francia, los horrores y los crímenes poetizados en nuestra época de crímenes y de horrores, lo prueban hasta la evidencia; y la pretensión de los clásicos que quieren detener y estancar el teatro cuando las revoluciones marchan, es un delirio que sólo podría verificarse si se diera en la naturaleza el desnivel. Pero una unidad admirable lo encadena todo, y cuando los románticos han innovado, no es porque de pensado y por un fantástico capricho hayan querido innovar, sino porque son hombres de nuestra época; no sólo no han dado ningún impulso nuevo, sino que le han recibido acaso sin saberlo. Víctor Hugo y Dumas han querido y creído ser originales, cuando no eran más que unos plagarios de la política, porque la literatura es y será siempre no una causa, sino un efecto. La literatura no puede ser el Bautista; hartó hará con ser el Apóstol.

Hechas estas reflexiones, confesamos que participamos de la indiferencia con que el público mira el teatro; como un niño vuelve de vez en cuando á ocuparse, aunque de mala gana, de un juguete, ya roto y gastado, ínterin se le presenta otro nuevo que absorba toda su curiosidad, el público vuelve de vez en cuando al teatro, pero á confirmarse siempre en sus engaños. El público, al levantarse el telón, está ya como el autor en el secreto de lo que le van á decir, y la vida del teatro es más bien que vida un movimiento galvánico comunicado á un cadáver.

He aquí la razón por que la ópera ha invadido el teatro cómico, y le ha vencido en todas partes; porque hasta en el baile se ha buscado una importancia dramatizándolo; he aquí la razón por que no hay teatro que se sostenga sin el aparato y el lujo de las decoraciones; porque no se concurre á él con la fe y el entusiasmo que lo suplían todo en los tiempos de su apogeo. Los sentidos quieren llenar un vacío que la imaginación no alcanza á llenar, y no teniendo el espectáculo nada que decirle ya al entendimiento que este no sepa, trata de sorprender á los ojos y á los oídos, para embotar el pensamiento.

Después de esta meditación ¿qué diremos de *Felipe II*? Que es una astilla más, arrojada en

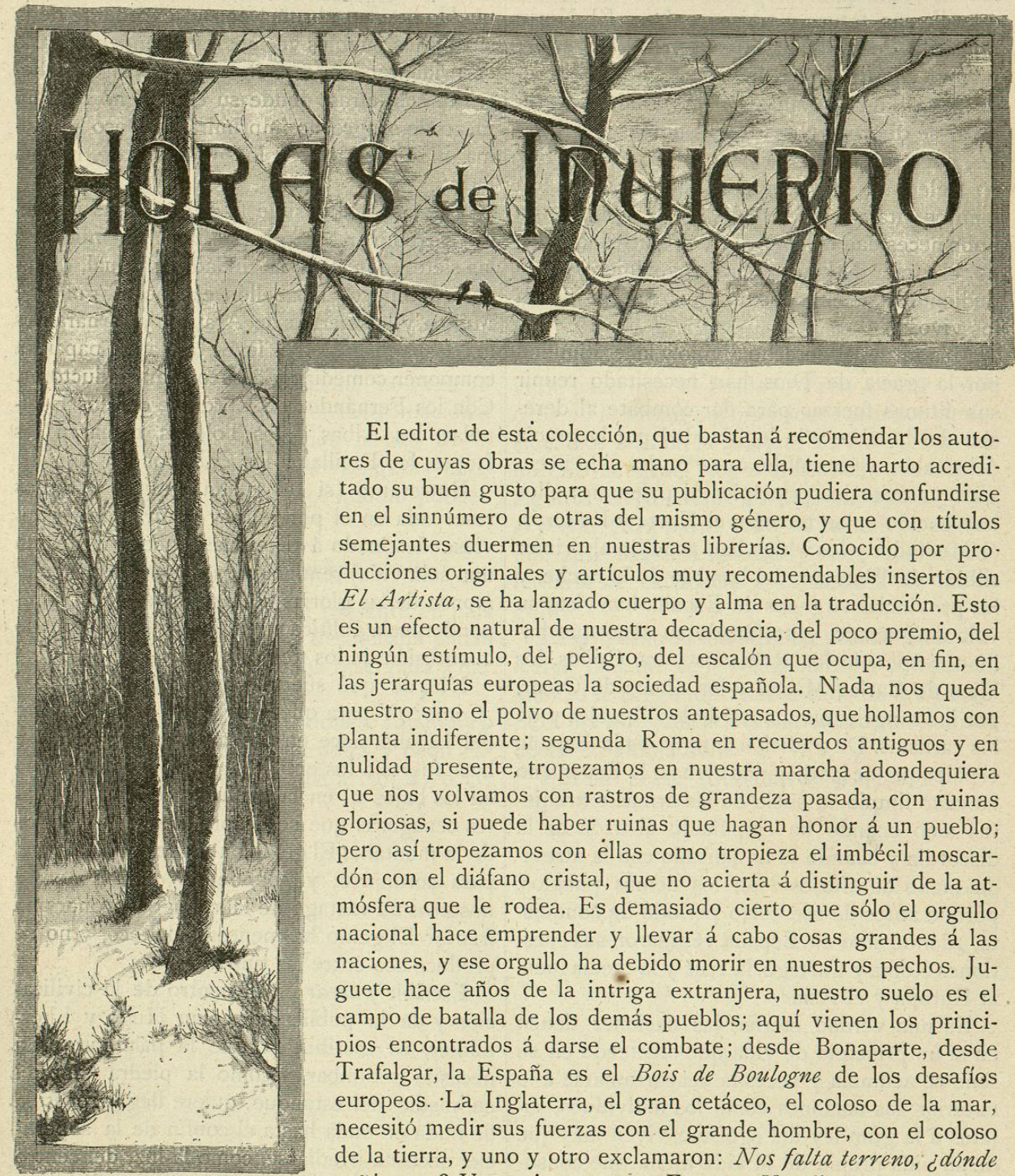
la hoguera que se apaga, y por desgracia no es más que una astilla, no porque le neguemos mérito. *Felipe II* es obra de un joven que ya se ha dado á conocer con un ensayo menos feliz; y la distancia que entre la primera y la segunda obra existe es tal, que realmente se puede decir que hasta la representación de *Felipe II* el poeta no ha debido llamarse autor dramático.

Una acción sencilla y un argumento fácil y descargado de episodios prueban buen gusto y juicio exacto. Pero si no hay episodios que embaracen la acción, háilos en el diálogo; superabundancias verdaderas, en que el autor ha creído deber ostentar el estudio que de la época ha hecho.

Pero aquí le daremos un consejo, que creará tanto más imparcial cuanto que empezaremos por confesarle que nosotros le recibimos en cierta ocasión de uno de nuestros primeros literatos, á propósito de una mala oda que el diablo nos tentó á publicar. A saber, que el saber mucho no ha de ser para decirlo todo, sino para saber lo que se ha de decir. Descargado el drama de multitud de alusiones históricas, minuciosas é inútiles, la acción hubiera caminado más desembarazada, y el drama hubiera parecido más lleno de vida.

Los caracteres están bien sostenidos, y si no están dibujados con gran profundidad, hay por lo menos rasgos muy felices y contrastes bien entendidos. Hubiéramos deseado que el final hubiese sido más cuidado, porque siendo una idea delicada, es lástima que su misma sutileza y la poca preparación hayan desvirtuado su mérito, y dejado al espectador en la duda del efecto que debía producirle. Donde hay efecto verdadero, el espectador cede sin consultarse á él, y prorrumpen en manifestaciones exteriores. Para que la confesión del amor de la reina hubiese sido natural á la vista de su marido, era preciso que hubiese sido provocada por la exaltación hija de un peligro más inminente que aquel en que se halla el príncipe don Carlos. Porque no basta que el espectador sepa que va á morir; es preciso que los sentidos se lo prueben algún tanto.

El estilo es la parte mejor del drama, y su versificación fácil y armoniosa anuncia un poeta, al cual no arredrará nunca la dificultad de expresar, y expresar bien sus sentimientos.



El editor de esta colección, que bastan á recomendar los autores de cuyas obras se echa mano para ella, tiene hartó acreditado su buen gusto para que su publicación pudiera confundirse en el sinnúmero de otras del mismo género, y que con títulos semejantes duermen en nuestras librerías. Conocido por producciones originales y artículos muy recomendables insertos en *El Artista*, se ha lanzado cuerpo y alma en la traducción. Esto es un efecto natural de nuestra decadencia, del poco premio, del ningún estímulo, del peligro, del escalón que ocupa, en fin, en las jerarquías europeas la sociedad española. Nada nos queda nuestro sino el polvo de nuestros antepasados, que hollamos con planta indiferente; segunda Roma en recuerdos antiguos y en nulidad presente, tropezamos en nuestra marcha adondequiera que nos volvamos con rastros de grandeza pasada, con ruinas gloriosas, si puede haber ruinas que hagan honor á un pueblo; pero así tropezamos con ellas como tropieza el imbécil moscardón con el diáfano cristal, que no acierta á distinguir de la atmósfera que le rodea. Es demasiado cierto que sólo el orgullo nacional hace emprender y llevar á cabo cosas grandes á las naciones, y ese orgullo ha debido morir en nuestros pechos. Juguete hace años de la intriga extranjera, nuestro suelo es el campo de batalla de los demás pueblos; aquí vienen los principios encontrados á darse el combate; desde Bonaparte, desde Trafalgar, la España es el *Bois de Boulogne* de los desafíos europeos. La Inglaterra, el gran cetáceo, el coloso de la mar, necesitó medir sus fuerzas con el grande hombre, con el coloso de la tierra, y uno y otro exclamaron: *Nos falta terreno; ¿dónde reñiremos?* Y se citaron para España. Ventilada la cuestión,

aniquilado el vencido, acudieron los amigos del vencedor y reclamaron la parte en el despojo. El huésped que había prestado su casa para la acerba entrevista reclamó siquiera el premio de su cooperación; y ¿qué le quedó? Lo que puede quedarle al campo de batalla: los cadáveres, el espectáculo de los buitres, y un letrero encima: *Aquí fué la riña*.

La América devolvió á su conquistadora con creces y con usura el principio democrático cuyo germen le había lanzado imprudentemente la Europa de Luis XVI y Carlos IV. El grito resonó desde las columnas de Hércules hasta las orillas del Rhin; los pueblos levantaron sus cabezas é hicieron vacilar los tronos que pesaban sobre ellos: la degradada Italia intentó dar de mano aquí

y allí á sus muelles ocupaciones artísticas, y espasmos políticos se hicieron sentir hasta en el Etna, que pareció querer vomitar otra cosa que llamas fatuas y tibias cenizas. El Norte hubo de desenvainar la espada de Waterloo, y lanzó contra el principio democrático el credo de la Santa Alianza. ¿Pero dónde pelearemos? se dijeron. Nuestras campañas son fértiles, nuestros pueblos están llenos; ¿dónde hay un palenque vacío para la disputa? Y también se citaron en España. Pero esta vez no hubo necesidad de combate; los buitres, citados por el rumor de la próxima pelea, vinieron, y no pudiendo repartirse los muertos, se repartieron los vivos.

Más tarde, el derecho divino y la legitimidad por la gracia de Dios, han necesitado reunir sus últimas fuerzas para dar combate al derecho del hombre y la legitimidad por la gracia del pueblo, y esta última vez no ha sido necesario ya traer los principios al palenque; ellos han nacido en su terreno: el Norte y los torys, el Mediodía y los whigs han acudido al primer silbido de Watman, del hombre de la noche, y las provincias vírgenes de España han visto su velo desgarrado, y profanado su seno que habían respetado los Romanos y los Godos, los hijos de Carlos Martel y los nietos de Omar, por las sangrientas manos de los liberales y de los carlistas. De tradición antigua es la España el palenque de las disputas ajenas: la España no ha visto limpio su suelo de las armas extranjeras sino cuando ha empuñado el tizón de la discordia y cuando le ha lanzado con la atrevida mano de Carlos I en los demás pueblos, porque antes de ese corto período de conquista, ¿dónde sino en España ventilaron sus cuestiones Roma y Cartago, la cruz y la media luna, la Europa y el Asia?

Es una verdad eterna: las naciones tienen en sí un principio de vida que creciendo en su seno se acumula y necesita desparramarse á lo exterior: las naciones como los individuos, sujetos á la gran ley del egoísmo, viven más que de su vida propia de la vida ajena que consumen, y ¡ay del pueblo que no desgasta diariamente con su roce superior y violento los pueblos inmediatos, porque será desgastado por ellos! O atraer, ó ser atraído. Ley implacable de la naturaleza: ó devorar, ó ser devorado. Pueblos é individuos, ó víctimas ó verdugos. Y hasta en la paz, quimérica utopía no realizada todavía en la continua lucha de los seres, hasta en la paz deyoran los pueblos, como el agua

mansa socava su cauce, con más seguridad, si no con tanto estruendo como el torrente.

El pueblo, que no tiene vida sino para sí, el pueblo que no abruma con el excedente de la suya á los pueblos vecinos, está condenado á la oscuridad; y donde no llegan sus armas, no llegarán sus letras; donde su espada no deje un rasgo de sangre, no imprimirá tampoco su pluma ni un carácter solo, ni una frase, ni una letra.

Volvieran, si posible fuese, nuestras banderas á tremolar sobre las torres de Amberes y las siete colinas de la ciudad espiritual, dominara de nuevo el pabellón español el golfo de Méjico y las sierras de Arauco, y tornáramos los Españoles á dar leyes, á hacer papas, á componer comedias y á encontrar traductores. Con los Fernández de Córdoba, con los Espínolas, los Albas y los Toledos, tornaran los Lopes, los Ercillas y los Calderones.

Entretanto (si tal vuelta pudiese estarnos reservada en el porvenir, y si un pueblo estuviese destinado á tener dos épocas viriles en una sola vida) renunciemos á crear, y despojémonos de las glorias literarias como de la preponderancia política y militar nos ha desnudado la sucesión de los tiempos.

Ni ¿de qué suerte crear entre nosotros? ¿Cómo? ¿Y para qué? El genio, como el cedro del Líbano, nace en las alturas, y crece y se hace fuerte á los embates de la tempestad: no en los bajos ni en la confusión de las vertientes cenagosas que se desprenden á inundarlos de la montaña. El genio ha menester del laurel para coronarse; y ¿dónde ha quedado entre nosotros un vástago de laurel para coronar una frente? El genio ha menester del eco, y no se produce eco entre las tumbas.

Escribir y crear en el centro de la civilización y de la publicidad, como Hugo y Lherminier, es escribir. Porque la palabra escrita necesita retumbar, y como la piedra lanzada en medio del estanque, quiere llegar repetida de onda en onda hasta el confín de la superficie; necesita irradiarse, como la luz, del centro á la circunferencia. Escribir como Chateaubriand y Lamartine en la capital del mundo moderno es escribir para la humanidad; digno y noble fin de la palabra del hombre, que es dicha para ser oída. Escribir como escribimos en Madrid, es tomar una apuntación, es escribir en un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo. Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin

encontrarla como en una pesadilla abrumadora y violenta. Porque no escribe uno siquiera para los suyos. ¿Quiénes son los suyos? ¿Quién oye aquí? ¿Son las academias, son los círculos literarios, son los corrillos noticieros de la Puerta del Sol, son las mesas de los cafés, son las divisiones expedicionarias, son las pandillas de Gómez, son los que despojan, ó son los despojados?

¿Será el teatro el refugio de nuestra gloria? ¿El teatro, sin actores y sin público, el teatro nacional, que, por último insulto, para mengua eterna y degradación sin fin del país, es ya una sucursal de la ópera, y un llena-huecos para las noches en que está ronca la primera dama? Porque es preciso imprimirlo; habrá quien no lo sepa; el teatro nacional no tiene ya empresa y dirección propia: el teatro nacional ha sido confiado á la dirección misma de la ópera, ha tenido la bondad de recogerlo moribundo de manos de los actores que no pueden soportar en él

¡la dura carga que en sus hombros pesa!!!

¿Caso no ocurrido hasta la presente en país alguno, escándalo de que la desdichada patria de Moreto y de Alarcón estaba reservada á dar ejemplo!

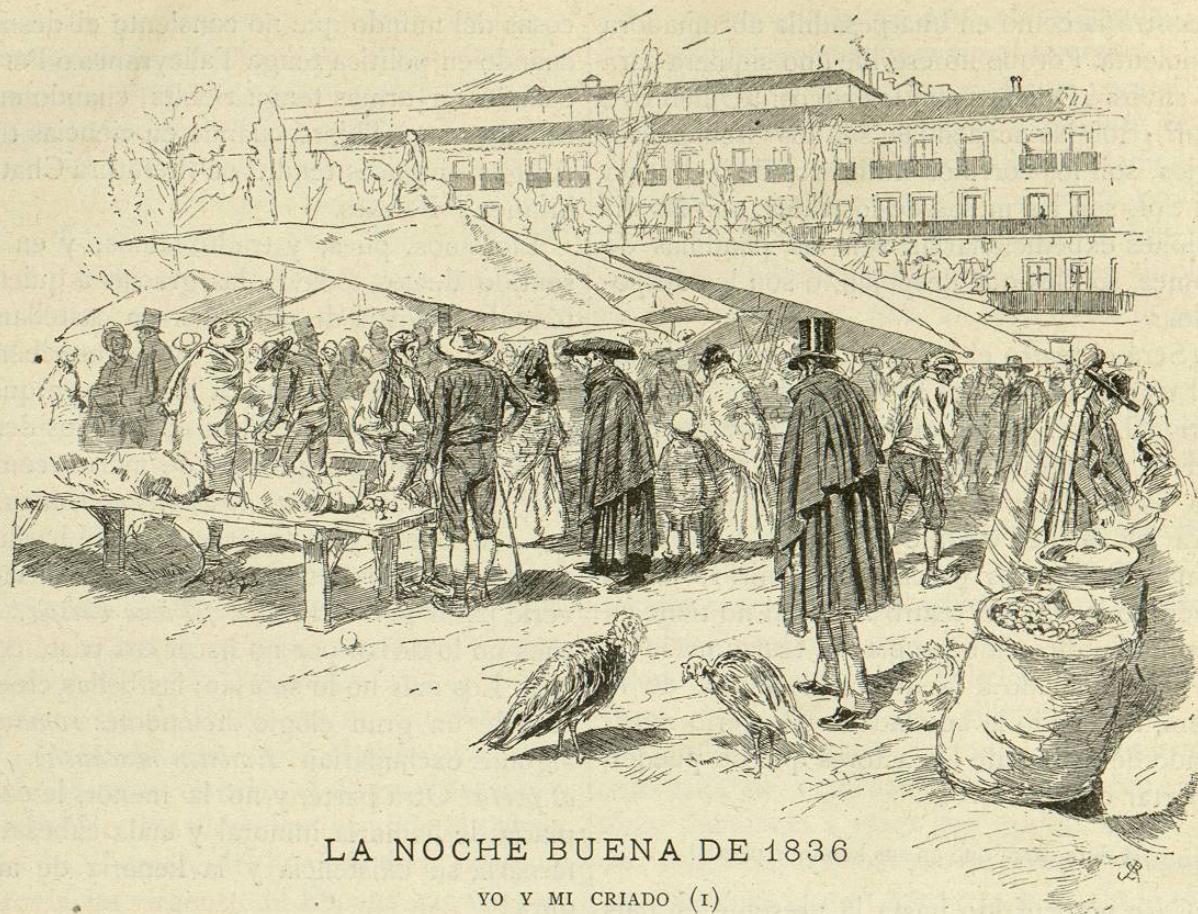
Y después de estas reflexiones, ¿queremos violentar las leyes de la naturaleza, y pedir escritores á la España? Hay una armonía en las

cosas del mundo que no consiente el desnivel; cuando en política tenga Talleyranes ó Periers, cuando en armas tenga Soult, cuando en su cámara tenga Thiers, cuando en ciencias tenga Arago, entonces tendrá en literatura Chateaubrianes y Balzacs.

Lloremos, pues, y traduzcamos, y en este sentido demos todavía las gracias á quien se tome la molestia de ponernos en castellano, y en buen castellano, lo que otros escriben en las lenguas de Europa: á los que, ya que no pueden tener eco, se hacen eco de los demás: no extrañemos que jóvenes de mérito como el traductor de las *Horas de Invierno* rompan su lira y su pluma y su esperanza. ¿Qué haría con crear y con inventar? Dos amigos dirían al verle pasar por el Prado: *¡Tiene chispa!* Muchos no lo dirían por no hacer esa triste confesión. Los más no lo sabrían; las bellas creerían hacerle un gran elogio diciéndole: *romántico!* algunos exclamarían: *Es buen muchacho, ¡pero es poeta!* Otra parte, y no la menor, le calumniaría, le llamaría inmoral y mala cabeza, ¡infernaría su existencia y la llenaría de amargura!

El gobierno le enviaría en premio á las Baleares, llamándole revolucionario, y el resto del público le preguntaría en la calle de la Montera el día que saliese á ver el efecto que hubiese hecho su última obra:

«¡Hola! poeta, ¿qué hay de Gómez?»



LA NOCHE BUENA DE 1836

YO Y MI CRIADO (1)

DELIRIO FILOSÓFICO

El número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diría que en día 24 nací. Doce veces al año amanece sin embargo día 24: soy supersticioso, porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esa razón creen los amantes, los casados y los pueblos, á sus ídolos, á sus consortes y á sus gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y á imitación de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el 23 me prevengo para el siguiente día de sufrimiento y de resignación, y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro á mujer porque no me diga que sí, pues en punto á amores tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que á un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y

(1) Por esta vez sacrifico la urbanidad á la verdad. Francamente, creo que valgo más que mi criado: si así no fuese le serviría yo á él. En esto soy al revés del divino orador, que dice: *Cuadra y yo.*

si la cree... ¡Bienaventurado aquel á quien la mujer dice *no quiero*, porque ese á lo menos oye la verdad!

El último día 23 del año 1836 acababa de expirar en la muestra de mi péndola, y consecuente en mis principios supersticiosos, ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil; hasta que por fin la mañana vino con paso de intervención, es decir, lentísimamente, á teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El día anterior había sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazón que el día 24 había de ser *día de agua*. Fué peor todavía: amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero; como el crédito del Estado.

Resuelto á no moverme porque tuviera que hacerlo todò la suerte este mes, incliné la frente, cargada como el cielo, de nubes frías, apoyé los codos en mi mesa, y paré tal que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, ó me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre

la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados há más de seis meses sobre mi mesa, y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver; comparación exacta, porque en cada artículo entiero una esperanza ó una ilusión. Ora volvía los ojos á los cristales de mi balcón; veíales empañados y como llorosos por dentro: los vapores condensados se deslizaban á manera de lágrimas á lo largo del diáfano cristal; así se empaña la vida, pensaba; así el frío exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre, así caen gota á gota las lágrimas sobre el corazón. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes; los que ven sólo los rostros, los ven alegres y serenos...

Haré merced á mis lectores de las más de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado aun sin sueldo ó sin cobrarlo, que es lo mismo: al menos no está obligado á pensar, puede fumar, puede leer la *Gaceta!*

«¡Las cuatro! ¡La comida!» me dijo una voz de criado, una voz de entonación servil y sumisa; en el hombre que sirve, hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor, é involuntariamente iba á exclamar como don Quijote: «Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer;» porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, pero los criados de los filósofos!!! Una idea más luminosa me ocurrió: era día de navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podían decir la verdad á sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré á mi criado y dije para mí: «Esta noche me dirás la verdad.» Saqué de mi gaveta unas monedas; tenían el busto de los monarcas de España, cualquiera diría que son retratos; sin embargo eran artículos de periódico. Las miré con orgullo: «Come y bebe de mis artículos, añadí con desprecio: sólo en esa forma, sólo por medio de ese stratagema se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes.» Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocía su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero, y en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco días, ¿qué sería de nuestro aniversario? Pero al pueblo le han dicho: «Hoy es un aniversario:» y el pueblo ha respondido: «Pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble.» ¿Por qué come hoy más que ayer? O ayer pasó hambre ú hoy pasará indigestión. Miserable humanidad, destinada siempre á quedarse más acá ó ir más allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo; nació el que no reconoce principio, y el que no reconoce fin; nació para morir. Sublime misterio.

¿Hay misterio que celebrar? «Pues comamos,» dice el hombre; no dice: «Reflexionemos.» El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir á la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes, y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao: figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y extenuada: una mano seca y roída llevaba á una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigía á los bulliciosos liberales de Madrid, que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escualida y de los rostros alegres. Era la reconvencción y la culpa, aquella agria y severa, ésta indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad á las demás.

¡Las cinco! hora del teatro: el telón se levanta á la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, ó yo estoy loco. Una representación en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. He aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres, en congresos y en corrillos. Y las